

● Pablo F. Lazo Briones

LA ESCRITURA INTRUSIVA DE MICHEL FOUCAULT

Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir.

MICHEL FOUCAULT, *Arqueología del saber*.

La escritura de Foucault se distingue por un curioso acto que podemos llamar de *convocatoria transgresora*. En esta fórmula está contenida una paradoja fácil de reconocer: se convoca en torno o hacia el reconocimiento de un móvil común, lo que es lo mismo que decir que por el reconocimiento de un orden o ley que vincule a los convocados, que una sus fuerzas, incluso cuando el poder de convocatoria se ejerce para violar un orden existente e instaurar otro que lo supla. Pero en la escritura de Foucault la paradoja aparece cuando de lo que se trata es de convocar para transgredir toda idea de orden y dirigirse a la dispersión, orientándose con ello al espacio imposible del desorden permanente, no dado como situación histórica, no ubicable en algún momento del devenir del mundo de los hechos, y sin embargo deseable dentro del mundo de las letras como consecuencia de algunos acontecimientos éstos sí históricos.

En este llamado no hay, sin embargo, ninguna intención de escándalo o protagonismo. Se presenta más bien como consecuencia natural de una serie de acontecimientos ocurridos en los textos y las prácticas lingüísticas de



los últimos dos siglos. Opera además de forma *intrusiva*, ya que tiene que ver con la mayor parte de los saberes y las prácticas que han conformado la *episteme* que es herencia viva de la modernidad. Así, como es sabido, tiene que ver con los discursos que apuntalan la institucionalización de las políticas de Estado lo mismo que de las prácticas clínicas y psiquiátricas, de las formas de sexualidad y de las prácticas disciplinares de tortura, de encarcelamiento y sujeción, pero también tiene que ver con obras de arte como las de Magritte o Velázquez, Borges o Hölderlin, y se extiende a la crítica de las ciencias humanas no sin ciertos giros sorprendentes, y al papel que el concepto de hombre debiera ocupar en adelante; así, se refiere a la limitación del “poder de representación” de cierta antropología y de nueva cuenta a lo que podemos hacer más allá de esa limitación.

Esta intrusión nada tímida, perpetrada en una multitud de campos allende perfectamente delimitados (o al menos enunciados como tales), tiene la función precisamente de “saltar” a un lado y otro de la línea divisoria, primero de cada campo respecto al otro, desconfigurando así las parcelas del mapa conceptual con el que se nos hacían manejables y ubicables, y después del mapa en su conjunto, pudiendo empalmar, invertir o incluso diluir cada campo y aún la idea de totalidad abarcante en la que se demarcaban. Ni partes ni Todo, es lo que parece

indicar Foucault con el tratamiento de los textos que caen bajo la óptica arqueológica o genealógica, o bajo el diagnóstico descriptivo y crítico a la vez con el que establece analogías, crea metáforas o hipérboles sobre hechos que para la historia oficial quedaron olvidados o encubiertos.

El papel que juegan los textos llamados literarios en esta convocatoria transgresora y dispersante es central (aunque no centralizante). Como ya ha indicado Patxi Lanceros, el efecto de que en las obras fundamentales de Foucault las recurrencias a imágenes literarias o a narraciones cuasiliterarias aparezcan al principio y al final de la densidad del texto en cuestión (en particular de dos textos clave, *Historia de la locura* y *Las palabras y las cosas*), y que de esta manera formen un “marco” que las rodea y las protege de críticas tempranas en una época de Foucault “monolíticamente arqueológica”,¹ no es sólo una estrategia de estilo o un buen recurso

1 Lanceros, P., *Avatares del hombre. El pensamiento de Michel Foucault*, p. 43: “[...] puede decirse, utilizando una expresión deliberadamente equívoca, que la literatura ocupa un lugar central al margen y en los márgenes de los textos foucaultianos

para aligerar la lectura, sino que ello se encamina a la larga a reforzar el *leit motiv* foucaultiano: mostrar cómo el hombre advino sujeto, incluso sujeto fundante y autocentrado, y cómo a partir del siglo XVII, con Sade, y sobre todo en el siglo XIX, con Mallarmé y Rilke, con Válerly y Gide, y en el siglo XX con Artaud, R. Rousel, Bataille o Blanchot, este sujeto se ha desintegrado, se ha hecho añicos, y da pie así a "formas positivas de subjetivación".

Dada esta intención constante (que no conduce, sin embargo, a ningún antropocentrismo o logocentrismo como formas de fundamentación en principios), el caso para nosotros es indicar cómo es que el mismo Foucault elabora sus análisis críticos cada vez más cerca de un tipo de escritura que se transgrede a sí misma, y que en esta transgresión convoca con fuerza hacia una dispersión liberadora.

Tomemos como paradigmática de esto que queremos decir la introducción a un libro que Foucault nunca publicó, la que hubiera correspondido a *La vida de los hombres infames*.² Este libro estaba planeado como un conjunto de documentos clínicos y legales referidos a las vidas de hombres que sufrieron y murieron en la oscuridad del encierro, de la condena pública, o, en el peor de los casos, del olvido total de su pequeña vida. La intención

de Foucault era presentar los textos en su crudeza desnuda, y que hablaran por ellos mismos. Curiosamente, el libro nunca salió a la luz y lo único que se publica es su preámbulo. Puede verse en este gesto la totalidad de su propuesta: lo que se dice siempre está más acá de lo que *se podría decir*, o bien, el conjunto de las palabras que se pueden decir, escribir y presentar en una obra, siempre aparecen *descolocadas* respecto a lo que es la "literatura".

Para probar esta difícil hipótesis, paralela a la que se refiere a la erección y posterior disolución del sujeto, la escritura de Foucault es intrusiva en esta ocasión en los textos médico-legales (nunca aparecidos como obra, y sin embargo presentes en el discurso foucaultiano) que marcaron las vidas de esos hombres infames. Dos casos inspiraron la intención de la obra, las historias mórbidas de un monje sodomita y de un usurero mitómano, ambos ingresados en hospitales psiquiátricos de principios del siglo XVIII. Estos casos, y otros que se quedan solamente anunciados —prometidos— en este texto, llamaron la atención de Foucault no por algún criterio teórico o sistemático, sino por el "goce y el escalofrío" que le produjeron, por la intensa experiencia de "desgracias y aventuras" que en ellos hay contenida, de tal manera que su selección no atendió a la idea de hacer una "historia de", sino sencillamente un "herbolario de efectos breves", atento a "vidas singulares convertidas, por oscuros azares, en extraños poemas". Se trata de "vidas íntimas convertidas en brasas muertas", perdidas en archivos en alguna biblioteca polvorienta, que sólo podrían ser "restituidas" por medio de los textos que sucintamente captaron su momento de declive y el comienzo de su encierro, y así conseguir que "del choque producido entre esos relatos y esas vidas, surgiese para nosotros todavía hoy un extraño efecto de belleza y espanto".³

La intrusión en los textos que retratan la vida íntima de esos hombres perversos está justificada, pues, de un

considerados como característicos y definitorios de su primera época [...] Paradójicamente, esa exterioridad topológica —el estar al margen— protege estos trabajos tanto de la censura como del elogio cuando de lo que se trata es de abordar una época monolíticamente arqueológica, centrada sobre el saber, caracterizada por un cierto estructuralismo o por un estructuralismo cierto."

2 V. *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Altamira, Buenos Aires, Argentina, 1990. Esta antología toma el nombre justo del libro que Foucault nunca publica. La versión original del texto que citamos aparece como "La vie des hommes infames", Les Cahiers du Chemin, n. 29, 15 de enero 1977, 12-29.

3 *Ibid.*: 179.



lado, por su efecto estético (así, dice Foucault: “han conmovido en mi interior más fibras que lo que comúnmente se conoce como literatura”), y de otro lado, por la fuerza misma de los textos en esas vidas.⁴

En este texto, que puede considerarse lateral con cierto apresuramiento si se tienen en mente otros libros considerados centrales, está expresado con más transparencia el motivo más pujante de la escritura de Foucault: demostrar que en nuestras prácticas discursivas se juega el todo o nada de la peripecia de una vida, y que lo que está en cuestión en nuestro tiempo es justamente el sentido y alcance de esas prácticas, la fractura con otros discursos y otros sentidos, o bien la metamorfosis total de un discurso en otro insospechado.

Lo que llamamos literatura es para Foucault el discurso que ha sufrido la metamorfosis más violenta en los últimos dos siglos. La pregunta ¿qué es literatura?, como la vida de los hombres infames, como los discursos de los llamados locos, de los oprimidos o de los marginados por un sistema de exclusión, no puede considerarse ya desde una teoría literaria totalizante, pues su formulación compromete el mismo acto de escribir (Foucault, 1996: 63 y ss.). Esto quiere decir que de la literatura no puede darse una definición, pues el puro intento hace las veces de una alusión a algo indecible, y sin embargo es algo en lo que constantemente se juega el

sentido de las obras producidas. Las obras no son ya literatura, sino más bien su *transgresión*, su “asesinato” o “violación”, ya que son “el umbral de una perpetua ausencia”, ausencia más cercana a “la página en blanco”, ya que la primera palabra escrita, defiende Foucault, supone una mácula sobre la absoluta capacidad de decir de la literatura. Obsérvese esta cita, interpretable como una abstracción difícil y sin embargo fascinante:

La paradoja de la obra es precisamente ésta: que sólo es literatura en el instante mismo de su comienzo, desde su primera fra-

4 *Ibid.*: 180: “En esas cortas frases se ‘han jugado’ vidas reales; con ello no quiero decir que esas vidas estén en ellas representadas, sino que en cierta medida al menos esas palabras decidieron sobre su libertad, su desgracia, con frecuencia sobre su muerte y en todo caso su destino. Estos discursos han atravesado realmente determinadas vidas ya que existencias humanas se jugaron y se perdieron en ellos.”

se, desde la página en blanco, y, a decir verdad, no es realmente literatura sino en la medida en que la página permanece en blanco, en tanto que sobre esta superficie no ha sido escrito nada aún [...] cada palabra real es en cierto modo una transgresión, que se efectúa en relación con la esencia pura, blanca, vacía, sagrada de la literatura, que en modo alguno hace de toda obra la realización plena de la literatura, sino su ruptura, su caída, su expoliación." (Foucault, 1996: 66-67)

Este gesto de aparición/desaparición (obra/literatura) que se manifiesta como transgresión de la escritura respecto a sí misma, en Sade, Mallarmé o Blanchot, también toma la forma de una convocatoria en la escritura de Foucault. Se trata de un llamado a la dispersión en primer lugar del lugar en donde sería situable el acto literario. Foucault, siguiendo a Roland Barthes, dirá que no hay tal ubicación, es un acto *atópico*, se trata de un *simulacro* de sí, y por ello consigna: "el ser de la literatura me parece fundamentalmente disperso y cuarteado" (Foucault, 1996: 75). Esta dispersión toma la forma de un *murmullo infinito* derramándose imparablemente, sólo espesado momentáneamente en la forma del libro, de la obra, para en seguida volverse a fluidificar en su pura *exterioridad*. La escritura de Foucault se concentra aquí, a veces de manera soterrada, no manifiesta, en el entu-

siasmo por convocar a la producción de este acto sin lugar y sin nombre.

Es un acto que no descansa en espacio determinado alguno y pierde el sustento de su firma, porque aparece en el medio del "lenguaje en su ser", que no admite ninguna determinación desde la "conciencia de sí y su identidad", de hecho, aparece como una experiencia cultural de incompatibilidad entre una y otra cosa: "el ser del lenguaje no aparece por sí mismo más que en la desaparición del sujeto."⁵ Es por esto que Foucault habla de la literatura en términos de la experiencia de un *vacio*, o bien en los términos de la superficialidad de la desnudez y la obscenidad sin profundidad en las novelas de Sade o de la transgresión en las novelas de Bataille, o bien haciendo suyo el acto delatorio de Nietzsche sobre las trampas gramaticales de la metafísica como máscara del poder.

En segundo lugar, la convocatoria se despliega como catalizador de la dispersión de la "función de autor", y con ella de los "privilegios" que el sujeto ha detentado como su condición de posibilidad. Al partir de la frase de Beckett, "qué importa quién habla, dijo alguien, qué importa quién habla", Foucault hace del llamado a la difuminación del sujeto centralizado, unitario y estable que llamamos autor su principal motivo de desmitificación.⁶ Desmitifica en primer lugar la idea de que al leer y citar un texto simplemente hacemos la atribución a su productor. Lejos de esto, lo que hacemos es poner en juego una serie de operaciones complejas, culturalmente situadas (lo que es lo mismo que decir que son sólo válidas para este tipo de cultura), que pueden llamarse "función de autor", y que se refieren a la forma en que los discursos que aparecen en los textos, y en los que se emiten alrededor de los textos, se recortan unos a otros, o bien permiten su continuidad, su producción o sus desplazamientos.

En este funcionamiento discursivo "el escritor no deja de desaparecer", y de ahí que, como Blanchot, Foucault ligue el tema de la escritura con el tema de la muerte (si las narratividades clásicas estaban ligadas al tema de la inmortalidad y la presencia —como ideal literario y existencial— las narratividades desde el siglo XIX están ligadas a la mortalidad y la ausencia).⁷

El caso es que desaparece el autor más no su "fun-

5 *El pensamiento del afuera*, p. 16.

6 *Cfr.*, *¿Qué es un autor?*, p. 11 y ss.

7 *Ibid.*: 12.

ción”, que es clasificatoria —“permite reagrupar un cierto número de textos, delimitarlos, excluir algunos, oponerlos a otros”— en la medida en que es vigente en una cultura jurídica en donde los discursos pueden ser objeto de “apropiación” (y por tanto de transgresión), y en donde al mismo tiempo que permite dar unidad a los textos y dirimir las contradicciones a que puedan dar lugar, se orienta a multiplicar o dispersar la idea del productor de discurso.⁸

Y sin embargo, ya hecha la descripción y la crítica de la “función de autor” (como una de las “especificaciones posibles” de la “función sujeto”), la convocatoria dispersante de Foucault, insistimos, se dirige hacia la construcción de un espacio de escritura donde no apareciera, en donde no fuera vigente ya:

Es posible imaginarse una cultura en donde los discursos circularían y serían recibidos sin que nunca apareciera la función autor. Todos los discursos, cualquiera que sea su estatuto, su forma, su valor, y cualquiera que sea el tratamiento que se les imponga, se desarrollarían en el anonimato del murmullo.⁹

Se convoca así a una forma de escritura en donde no sólo no puede haber límites definidos entre géneros discursivos, sino, aún más radicalmente, no puede haber ni siquiera lo que llamamos obra ni lo que llamamos autor. La dispersión del texto, del nombre que lo firma, y aún de los mecanismos por los que logra su recorte y su unidad, se presentaría como total e ideal.

Una última indicación que nos oriente en este rumbo-Foucault: justamente, la escritura como murmullo infini-

to, fluyente e inatrapable, se propone como una orientación anunciada como posibilidad, como un acto de imaginación sobre una cultura inexistente aún pero potencialmente asequible (y deseable). Quizá las críticas contenidas en los textos foucaultianos puedan ser interpretadas como las primeras condiciones para llegar a esta cultura, quizá el mismo Foucault piso ese terreno ignoto con los pasos inseguros y tanteadores de quien descubre una nueva tierra, o de quien quiere inventarla. LC

BIBLIOGRAFÍA

Foucault, Michel (1990), *La vida de los hombres infames. Ensayos sobre desviación y dominación*, Buenos Aires, Argentina, Altamira.

____ (1990), *¿Qué es un autor?*, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala.

____ (1996), “Lenguaje y literatura”, en *De lenguaje y literatura*, Barcelona, Paidós.

____ (1997), *El pensamiento del afuera*, Valencia, España, Pre-Textos.

____ (1999), *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI.

Lanceros, Patxi (1996), *Avatares del Hombre. El pensamiento de Michel Foucault*, Bilbao, Universidad de Deusto.

8 *Ibid.*: 29: “...la función de autor está ligada al sistema jurídico e institucional que encierra, determina, articula el universo de los discursos; no se ejerce de manera uniforme ni del mismo modo sobre todos los discursos, en todas las épocas y en todas las formas de civilización; no se define por la atribución espontánea de un discurso a su productor, sino por una serie de operaciones específicas y complejas; no remite pura y simplemente a un individuo real, puede dar lugar a varios ego de manera simultánea, a varias posiciones-sujeto, que pueden ocupar diferentes clases de individuos.”

9 *Ibid.*: 43.